



Iglesia Anglicana Ortodoxa

Hugh Latimer

Obispo y Mártir

LA IGLESIA ANGLICANA ORTODOXA COMUNIÓN MUNDIAL



HUGH LATIMER: OBISPO Y MÁRTIR **Por el Obispo J. C. Ryle**

Obispo Presidente Jerry L. Ogles
Traducción del Rev. José Antonio Rios
Anglican Orthodox Church
Statesville, North Carolina

Hugh Latimer: Obispo y Mártir



El nombre del Obispo Latimer es bien conocido por todos los lectores de la historia de la iglesia inglesa. Probablemente, hay pocos que no hayan escuchado o leído que hace trecientos años existía una reina de Inglaterra que fue llamada "María la Sanguinaria", y que muchos hombres fueron quemados vivos durante su reinado porque no renunciaron al protestantismo, y que uno de estos hombres fue el obispo Latimer.

Pero quiero que los ingleses conozcan mejor estas cosas en la actualidad. Quiero que se familiaricen a fondo con la vida, los actos y las opiniones de los principales reformadores ingleses. Sus nombres deberían ser algo mejor que adornos trillados para señalar un discurso de plataforma y trampas retóricas para provocar una ovación de Exeter Hall. Sus principios no deberían ser unas sombras vagas y nebulosas "desde la cual asomarnos a la distancia", sino algo claro, distinto y bien definido ante los ojos de nuestra mente. Mi deseo es que los hombres comprendan que los mejores intereses de este país están ligados al protestantismo. Mi deseo es que los hombres escriban en sus corazones que el bienestar de Inglaterra no depende del comercio, de los políticos inteligentes, del vapor, de los ejércitos, de las armadas, del oro, del hierro, del carbón o del maíz, sino de la preservación de los principios de la reforma inglesa.

Los tiempos en que vivimos nos exigen en voz alta la difusión del conocimiento sobre la historia de la Iglesia de Inglaterra. Hoy en día se plantean opiniones con valentía de naturaleza tan sorprendente que hace que un hombre se frote los ojos y diga, ¿Dónde estoy? Entre nosotros está creciendo un sentimiento sobre el romanismo y el protestantismo, que, por decir lo mínimo, es muy malsano. Ha aumentado, está aumentando y debería disminuir. Nada es tan probable que frene este estado de sentimientos como la producción de unos pocos hechos claros. Si quieres convencer a un escocés, te dicen que debes darle una larga discusión. Si quieres convencer a un inglés, se le deben proporcionar hechos claros. Los hechos son el principal insumo que he reunido en este artículo biográfico. Si alguien espera encontrar en estas páginas especulaciones privadas o exhibiciones de oratoria, me temo que se irá decepcionado; pero si a alguien le gustan los hechos claros, creo que podré proporcionarle algunos.

¿Alguno de los lectores desconoce quién es un verdadero miembro de la Iglesia de Inglaterra? ¿Está perplejo por el surgimiento y progreso de lo que tontamente se ha llamado "punto de vista de la iglesia"? Ven conmigo hoy y visita a uno de los padres de la Iglesia inglesa. Pongamos en el estrado de los testigos a uno de los

obispos más honestos y francos de los días de la Reforma inglesa. Examinemos la vida y las opiniones del buen Latimer.

¿Alguno de los lectores duda de cuál es el verdadero carácter de la Iglesia de Roma? ¿Está desconcertado por alguno de estos plausibles caballeros que le dicen que no hay una diferencia fundamental entre la iglesia anglicana y la romana? ¿Está desconcertado por ese intenso anhelo por los principios llamados "católicos", que distingue a algunos clérigos equivocados, y que se manifiesta en la enseñanza "católica", las ceremonias "católicas", los libros de devoción "católicos" y la arquitectura "católica"? Ven conmigo hoy y pasa unas cuantas páginas antiguas de la historia inglesa. Veamos qué era realmente Inglaterra cuando los maestros romanistas instruían al pueblo inglés y establecían las cosas a su manera. Veamos qué hace la Iglesia de Roma cuando tiene todo el poder. Veamos cómo trata a los amigos de una Biblia abierta, del juicio privado y de la justificación por la fe. Veamos cómo la Iglesia de Roma trató al obispo Latimer.

Al examinar la historia del obispo Latimer, los tiempos en que vivió exigen una atenta consideración. Es imposible formarse una estimación justa de la conducta de un hombre a menos que conozcamos las circunstancias en las que se encuentra y las dificultades con las que tiene que enfrentarse. Nadie es consciente de todo el alcance de nuestras obligaciones para con el noble grupo de reformadores ingleses, si no está familiarizado con el estado real de Inglaterra cuando comenzaron su trabajo, y las asombrosas desventajas bajo las cuales se llevó a cabo ese trabajo.

Latimer nació durante el reinado de Enrique VII. Vivió los reinados de Enrique VIII y Eduardo VI, y fue ejecutado durante el reinado de la reina María. Comenzó su vida en un período en el que el papado dominaba indiscutiblemente en este país. Fue testigo del comienzo de la ruptura entre Enrique VIII y Roma, y el establecimiento de un estado de transición de la religión en Inglaterra. Vivió para ver el pleno desarrollo del protestantismo bajo Eduardo VI, y la compilación de una liturgia y de unos artículos que difieren ligeramente de los que tenemos en este día. Sobre cada uno de estos tres periodos, debo decir algunas palabras.

El periodo de la vida de Latimer, cuando el papado era supremo en Inglaterra, fue un periodo de absoluta obscuridad espiritual. La profundidad de la superstición en la que se hundieron nuestros dignos antepasados es suficiente para ponernos los pelos de punta. Sin duda, había muchos lolardos y seguidores de Wyclif, esparcidos por la tierra, que tenían verdad y eran la sal de la nación. Pero la feroz persecución con que estos buenos hombres fueron generalmente atacados impidió que progresaran mucho. Apenas mantuvieron su propio terreno. Y en cuanto a la masa de la población, una densa oscuridad cubría sus mentes.

La mayoría de los sacerdotes y maestros de religión eran ellos mismos profundamente ignorantes de todo lo que deberían haber sabido. Por lo general,

fueron ordenados sin ningún examen adecuado en cuanto a su conocimiento o carácter. Muchos de ellos, aunque sabían leer sus breviarios, no sabían absolutamente nada de la Biblia. Algunos, según Strype, el historiador, apenas podían decir la oración del Señor, y no pocos fueron incapaces de repetir los diez mandamientos. Las oraciones de la iglesia eran en latín, que casi nadie entendía. Se puede decir que apenas había predicación, y lo que había, era groseramente antibíblico y poco edificante.

Enormes nidos de hombres ordenados se esparcieron por la faz de Inglaterra, en forma de abadías y monasterios. Los habitantes de estos hermosos edificios rara vez eran muy santos y abnegados, y a menudo eran hombres de vidas muy libertinas y de mala reputación. Su moral era justo lo que se podría haber esperado de una vida con "plenitud de pan y abundancia de ociosidad". No hicieron casi nada por el avance del aprendizaje. No hicieron nada por la difusión de la religión verdadera. Había dos cosas que solo les importaban a ellos, y esas dos eran llenarse los bolsillos y mantener su propio poder. Actuaban con el único propósito de persuadir a los débiles y moribundos de que dieran dinero y tierras a la iglesia, con el engañoso pretexto de que de esta manera serían liberados del purgatorio y su fe sería probada por sus buenas obras. Para lograr el otro propósito, afirmaron poseer las llaves del reino de los cielos. A ellos se les debe hacer confesión de pecados. Sin su absoluta y extremaunción, ningún hombre podría salvarse. Sin sus misas ningún alma podría ser redimida del purgatorio. En resumen, fueron prácticamente los mediadores entre Cristo y el hombre; y herirlos era la mayor ofensa de pecado. Old Fuller, nos dice, por ejemplo, que en 1489, cierto italiano obtuvo una inmensa suma de dinero en Inglaterra, "al tener el poder del Papa para absolver a la gente de usura, simonía, robo, homicidio, fornicación, adulterio y todos los delitos, en cualquier caso, excepto golpear al clero y conspirar contra el Papa" (I. 532. Edición de Teff). Así eran los sacerdotes romanos en la juventud de Latimer, cuando el papado se extendió por última vez en Inglaterra. Debemos decir, que fueron en general tiranos ignorantes, codiciosos, amadores de los placeres y despóticos sobre el alma y el cuerpo de los hombres, no es decir ni un ápice más que la verdad.

Sabiendo que los sacerdotes de la juventud de Latimer eran hombres de este tipo, no nos sorprenderá saber que la gente ignoraba por completo la religión verdadera. Habría sido realmente milagroso, si hubiera sido de otra manera, cuando no tenían ni una predicación sólida para escuchar, ni Biblias para leer. Un Nuevo Testamento no se podía comprar por menos de £2 16s. 3d., y el comprador corría el peligro de ser considerado hereje por comprarlo. El cristianismo de la gran mayoría era naturalmente, un mero nombre y formalismo. El día de reposo era un día de deporte y pasatiempo, y no un día de adoración solemne. Quizá ni uno entre cien podría haber respondido correctamente a la pregunta, "¿Qué haré para ser salvo?", o haber dado la más mínima explicación de la enseñanza de la justificación, la regeneración, la santificación, el oficio de Cristo o la obra del Espíritu Santo. La única idea que un hombre tenía del camino al cielo en general era hacer lo que le decía el

sacerdote y pertenecer a la “verdadera iglesia”. Así los ciegos pretendían guiar a los ciegos, y todos se volcaron juntos al foso.

Toda la religión práctica que poseía la masa de los laicos, consistía en oraciones a la virgen María y a los santos, el pago de sacerdotes para decir misa, peregrinaciones a lugares santos y adoración de imágenes y reliquias. La lista de sus prácticas supersticiosas sería un catálogo espantoso. Se apresuraban a la iglesia en búsqueda de agua bendita antes de una tormenta. Recurrieron a San Rooke en tiempos de pestilencia. Rezaron a San Pernel cuando padecían fiebre. Las mujeres jóvenes que deseaban casarse, buscaron la ayuda de San Nicolás. Las esposas, cansadas de sus maridos, se fueron a San Uncumber. Cien mil peregrinos visitaron la tumba de San Thomas a´Becket, en Canterbury, en tan solo un año, para que ayudara sus almas en el camino al cielo.

En un año en la Catedral de Canterbury, se ofrecieron en el altar de Cristo £3 2s. 6d.; en el de la Virgen María, £63 5s. 6d.; y, en el de Thomas a´Becket´s, £832 12s. 3d. Las imágenes adoradas eran a menudo trampas groseras, así como ídolos. Las reliquias adoradas eran tan monstruosas y absurdas como las imágenes. En cuanto a los huesos de los santos, había montones conservados íntegros que fueron venerados durante años, y que finalmente resultaron ser huesos de ciervos y cerdos. Estas son cosas espantosas de contar, pero deberían ser conocidas. Todas estas cosas eran conocidas por la Iglesia de Roma, sobre las cuales conspiraba, sancionaba, defendía, enseñaba e imponía a sus miembros. Este era el estado de la religión en Inglaterra hace trescientos cincuenta años, cuando se levantaron los reformadores ingleses. ¡Este fue el cristianismo inglés durante la infancia y la juventud de Hugh Latimer!

El segundo periodo de la vida de Latimer, Inglaterra se encontraba en un estado de transición entre el romanismo y el protestantismo, y presenta muchas características curiosas.

Vemos, por un lado, una reforma de la religión iniciada por un rey por motivos, que por decir lo mínimo, no eran espirituales. Sería absurdo suponer que un tirano sensual como Enrique VIII, llegó a una ruptura con el Papa por cualquier otra razón que no sea que el Papa cruzó su voluntad. Vemos que sus fingidos escrúpulos sobre su matrimonio con Catalina de Aragón lo ponen en comunicación con Cranmer y Latimer. Lo vemos, en un momento, guiado por el consejo de estos buenos hombres, que como Herodes, hace muchas cosas que son correctas y calculadas y que redundan en la promoción del evangelio. Hace a Cranmer arzobispo de Canterbury y le muestra su favor hasta el final de sus días. Él permite que la Biblia se imprima en inglés y se coloque en las iglesias. Él ordena que se destruyan las imágenes y rechaza muchas supersticiones groseras. Niega audazmente la doctrina de la supremacía del Papa. Disuelve los monasterios y exhibe abiertamente para deshonor la maldad de sus habitantes. Todo esto lo vemos y por ello estamos agradecidos.

Sin embargo, lo vemos, en otro momento, defendiendo los dogmas papistas y quemando a hombres que como el mártir Lambert, los negaban. Lo vemos presentando los famosos Seis Artículos, que reafirmaban la transubstanciación, las misas privadas, el celibato clerical, los votos de castidad, la confesión auricular y la negación de la copa a los laicos. Lo peor de todo es que vemos en él las marcas de un hombre orgulloso, voluntarioso y sensual durante toda su vida, y una total falta de evidencia de que su corazón estuviera bien ante los ojos de Dios. El empleo de un hombre culpable de tales inconsistencias para hacer la obra de Dios es una de las cosas profundas de la providencia del Señor. No podemos entenderlo. Debemos ser pacientes y esperar.

Volviendo, por otro lado, aparte de Enrique VIII, sobre los primeros reformadores ingleses, encontramos en ellos fuertes indicios de lo que Fuller llama "una religión del crepúsculo". Los vemos publicando libros durante el reinado de Enrique VIII, que, aunque constituyen una inmensa mejora y avance con respecto a la enseñanza romana, todavía contienen algunas cosas que no son bíblicas. Tales eran en aquellos días "La Erudición Necesaria" y la "Institución de un Hombre Cristiano". Sin embargo, los vemos crecer gradualmente en conocimiento espiritual, quizá sin darse cuenta ellos mismos, y especialmente en cuanto al error de la transubstanciación. Los vemos continuamente controlados y retenidos, en parte por la conducta arbitraria del rey, en parte por la inmensa dificultad de trabajar codo a codo con un partido papista en la iglesia, y en parte por la gran ignorancia del clero parroquial. Sin embargo, al comparar el final del reinado de Enrique VIII con el comienzo, vemos una prueba de que se ganó mucho terreno. Aprendemos a admirar el poder supremo de Dios, que puede usar incluso a un Enrique VIII, tal como lo hizo con Nabucodonosor o Senaquerib, para el cumplimiento de sus propios propósitos. Y por último, pero no menos importante, aprendemos a admirar la perseverancia paciente de los reformadores. Aunque tenían poca fuerza, la usaron. Aunque tenían una pequeña puerta abierta, entraron por ella. Aunque tenían un solo talento, lo usaron de todo corazón para Dios y no lo enterraron en el suelo. Aunque tenían poca luz, la aprovecharon plenamente. Si no podían hacer lo que querían, hacían lo que podían y eran bendecidos en sus hechos. Ese fue el segundo periodo de la vida de Latimer. No olvidemos nunca que, en ese momento, se excavaron los cimientos de la Iglesia de Inglaterra y se retiraron enormes montones de basura del camino de los constructores que continuarían la obra. Visto desde esta perspectiva, este siempre será un periodo interesante para el estudioso de la historia de la iglesia.

El último período de la vida de Latimer, que comprende el reinado de Eduardo VI, es en muchos aspectos, muy diferente de los dos períodos a los que ya me he referido. La causa del protestantismo inglés hizo un progreso inmenso durante el breve pero notable mandato de Eduardo en el poder. Hooker realmente dijo de él que "Murió joven, pero vivió mucho, si entendemos la vida como acción". Liberados de la esclavitud de la interferencia de un rey tiránico, Cranmer y sus amigos avanzaron en la obra de reforma religiosa a pasos agigantados. A Bonner y Gardiner

ya no se les permitió retenerlos. Negándose a participar en la buena obra, estos dos prelados papistas fueron depuestos y callados. Se colocó a hombres fieles, como Ridley y Hooper, en el estrado episcopal. Se efectuó una inmensa limpieza de ceremonias papistas. Se compiló una liturgia, que difería muy levemente de nuestro presente libro de oración. Se redactaron los cuarenta y dos artículos de religión, que forman la base de nuestros treinta y nueve. Se publicó el primer libro de Homilías para suplir la falta de predicadores. Se llegó a una precisión y claridad de la exposición doctrinal, que hasta ese momento era desconocida. Los extranjeros eruditos, como Bucer y Peter Martyr, fueron invitados a visitar Inglaterra y nombrados Profesores Regius de Divinidad en Oxford y Cambridge. Hasta qué punto los reformadores podrían haber llevado la obra de reforma si hubieran tenido tiempo, ahora es inútil conjeturar. A juzgar por los cambios que efectuaron en muy pocos años, probablemente habrían hecho que nuestra Iglesia fuera casi tan perfecta como puede serlo una Iglesia visible, si no hubieran sido detenidos por la muerte prematura de Eduardo.

Sin embargo, hubo una cosa que los reformadores del reinado de Eduardo VI no pudieron lograr. No pudieron cambiar los corazones del clero parroquial. Miles de clérigos continuaron ocupando cargos en la Iglesia de Inglaterra, que no simpatizaban con los procedimientos de Cranmer y su partido. No había manera de deshacerse de estos dignatarios, porque estaban dispuestos a ejecutar cualquier cosa, firmar cualquier cosa y jurar cualquier cosa para poder conservar sus vidas. Pero, aunque se rindieron a los mandatos y prescripciones de Cranmer, eran descorteses, ignorantes y semi-papistas de corazón. Las preguntas que el obispo Hooper consideró necesarias plantear al decano, los prebendarios y el clero de la diócesis de Gloucester en su primera visita, y las respuestas que recibió, nos proporcionan una triste ilustración del estado de los clérigos ingleses en el tiempo de Eduardo VI.

Hechos como estos son dolorosos y asombrosos; pero lo más importante es que los conozcamos. Explican de inmediato la facilidad con la que María la sanguinaria restauró el papado cuando llegó al trono. Los clérigos parroquiales como los que acabamos de describir probablemente no ofrecerían ninguna resistencia a sus deseos. Hechos como estos arrojan mucha luz sobre la posición de Cranmer y los reformadores de los días de Eduardo VI. Probablemente tengamos poca idea de las inmensas dificultades, tanto internas como externas, que les acosaron. Sobre todo, hechos como estos nos dan una idea de la condición de la religión en Inglaterra incluso en la parte más brillante de la época de Latimer. Si cosas como estas se vieran cuando Latimer era un anciano, ¿qué debió haber visto cuando era joven? Si una ignorancia como ésta prevaleció bajo Eduardo VI, ¡cuán espesa debe haber sido la oscuridad bajo Enrique VIII!

No debo insistir más en el tema de la época de Latimer. El tema ya se ha agotado en la biografía de Hooper, y no deseo fatigar a mis lectores con una repetición seca

y tediosa de hechos. Pero creo firmemente que el conocimiento de estos hechos es absolutamente esencial para una correcta comprensión de la Reforma inglesa, y por lo tanto, espero que los pocos que he dado no resulten inútiles.

Considerándolo con calma, confío en que mis lectores estarán de acuerdo conmigo en que es el colmo del absurdo decir, como algunos lo hacen hoy en día, que este país ha sido un perdedor al deshacerse del papado. Es realmente asombroso escuchar las tonterías que se hablan "sobre la alegre Inglaterra en los tiempos antiguos", la "piedad medieval", las "edades de la fe" y los "hábitos de devoción de nuestros antepasados católicos".

Los fascinantes escritos de Walter Scott y los hermosos diseños arquitectónicos de Pugin han dado una falsa mirada al romanismo en Inglaterra y han inducido a muchos a dudar de si nuestra Reforma fue realmente una ganancia. El estado de la sociedad inglesa, que Scott a veces ha hecho tan interesante con su pluma, y Pugin con su lápiz, es algo mucho más hermoso en poemas e imágenes de lo que nunca fue honestamente hablando en la realidad. Puede estar seguro de que "la distancia le da encanto a la vista". Podemos estar satisfechos de que Netley, Glastonbury, Bury, Fountains, Melrose y Bolton Abbeys sean mucho más útiles ahora en ruinas que nunca en los días de Enrique VII. Pocos ingleses probablemente tienen la menor idea de cuánto hemos ganado con la Reforma. Hemos ganado luz, conocimiento, moralidad y libertad religiosa. Pocos tienen una idea clara de los frutos que crecieron en el árbol del papismo cuando floreció por última vez en Inglaterra. Esos frutos fueron la ignorancia, la superstición, la inmoralidad y la tiranía sacerdotal. Dios estaba enojado. Se perdieron almas y el diablo se alegró.

Confío nuevamente que mis lectores sientan conmigo, que es sumamente injusto suponer que los actos y escritos de los reformadores ingleses bajo Enrique VIII son un criterio real de sus opiniones maduras. Es tan injusto como medir el carácter de un hombre adulto por sus dichos y hechos cuando era niño. - Cranmer y sus ayudantes bajo Enrique VIII estaban en un estado de infancia espiritual. Vieron muchos puntos en la religión a través de un cristal oscuro. No fue hasta el reinado de Eduardo VI que superan las cosas de niño. Debemos tener cuidado, por lo tanto, de que nadie nos engañe con citas elegidas ingeniosamente extraídas de obras publicadas al comienzo de la Reforma inglesa. Juzgue a los reformadores, por así decirlo, por sus escritos en el reinado de Eduardo VI, pero no por sus escritos en el reinado de Enrique VIII.

Por último, confío en que mis lectores estarán de acuerdo conmigo en que es muy irrazonable condenar a los primeros reformadores ingleses como hombres que no fueron lo suficientemente lejos. Tales acusaciones se hacen fácilmente, pero quienes las formulan rara vez consideran los enormes obstáculos que los reformadores tuvieron que superar y los enormes males que tuvieron que eliminar. Es una tontería suponer que no tenían nada más que hacer que cortar el musgo de

un edificio antiguo y volver a blanquearlo. Tuvieron que derribar una casa vieja en ruinas y reconstruirla desde el suelo. Es una tontería criticar su proceder, como si navegaran sobre un mar en calma, con un viento favorable y un rumbo despejado. Al contrario, tuvieron que pilotar la religión a través de un estrecho muy reducido y difícil, ir contra corriente, viento y marea. Junta todas sus dificultades: el carácter arbitrario y libertino de Enrique VIII y los tiernos años de Eduardo VI - la ignorancia generalizada de la población - la amarga enemistad de los monjes y frailes desposeídos - la abierta oposición de muchos de los obispos y la secreta indiferencia de una vasta proporción del clero, - junte todas estas cosas, sopéselas bien y entonces creo que no considerará a la ligera el trabajo que hicieron los primeros reformadores. Por mi parte, lejos de sorprenderme de que hayan hecho tan poco, me asombra más bien de que hayan hecho tanto. Me maravillo de su firmeza. Me sorprende su éxito. Veo resultados inmensos producidos por instrumentos comparativamente débiles, y solo puedo explicarlo diciendo que "Dios estaba con ellos de verdad".

La vida de Latimer

La siguiente rama de mi tema sobre la que llamaré la atención de mis lectores es la historia de la vida del obispo Latimer.

Hugh Latimer nació alrededor del año 1485, en Thurcaston, cerca de Mount Sorrel, en el condado de Leicester. Ha dejado un relato tan gráfico de su padre y su familia en uno de sus sermones predicados ante Eduardo VI, que en justicia, debo compartirlo en sus propias palabras. Él dice: "Mi padre era un terrateniente y no tenía tierras propias. Tenía sólo una granja que producía tres o cuatro libras al año como máximo, y en ese momento labraba tanto como si tuviera la ayuda de media docena de hombres. Había cuidado de cien ovejas y mi madre ordeñaba treinta vacas. Él pudo, y trajo al rey un arnés, esto con él y su caballo, siempre que podía trabajar en algún lugar para recibir un salario del rey. Puedo recordar que le abroché el arnés cuando fue al campo Blackheath. Me mantuvo en la escuela, o de lo contrario no habría podido predicar ante la majestad del rey ahora. Se comprometió con mis hermanas por cinco libras cada una y las crió en piedad y temor de Dios. Mantuvo la hospitalidad para sus vecinos pobres y algunas limosnas les dio a los más necesitados". (Obras, I. 101. Parker's Soc. Edition.) Este es el relato hogareño del buen obispo sobre su propia familia. Es justo observar que Latimer es uno de los mil ejemplos registrados, que en Inglaterra, con todas sus fallas, es un país donde un hombre puede comenzar muy bajo y sin embargo, vivir para ascender muy alto.

Latimer fue enviado a Cambridge a la edad de catorce años, y en 1509 fue elegido miembro de Clare Hall. Sabemos muy poco de su historia temprana, excepto el hecho notable, que él mismo nos ha contado, de que hasta los treinta años fue un papista muy violento e intolerante. Así como San Pablo no se avergonzaba de decirle a los hombres que en un tiempo fue "blasfemo, perseguidor e injurioso", así

el viejo obispo protestante solía contar cómo él también había sido esclavo de Roma. Dice en uno de sus sermones: "Yo era un papista tan obstinado como cualquier otro en Inglaterra, de tal manera que cuando me hicieron licenciado en teología, toda mi retórica iba en contra de Philip Melancthon y sus opiniones". (Works, I., 334.) Dice en otro sermón: "Todos los papistas se creen salvos por la ley, y yo mismo fui de esa opinión peligrosa, resbaladiza y temeraria hasta que cumplí los treinta años. Tanto tiempo estuve caminando en la oscuridad y la sombra de la muerte". (I., 137.) Dice en una carta a Sir Edward Baynton: "En tiempos pasados pensé que si hubiera sido un fraile y con una capucha, no podría haber estado condenado ni temer a la muerte; y por lo mismo, muchas veces se me ha ocurrido haber sido fraile, es decir, cuando estaba muy debilitado o enfermo. Ahora aborrezco mi tontería supersticiosa". (I, 332.)

Otros confirman el testimonio de Latimer sobre sí mismo. Está registrado que solía pensar tan mal de los reformadores, que declaró que los últimos tiempos, el día del juicio, y el fin del mundo debía estar acercándose. "La impiedad", dijo, "estaba ganando terreno rápidamente, y a qué extremos no se esperaba que llegaran los hombres, cuando comenzaron a cuestionar incluso la infalibilidad del Papa". Becon menciona que cuando Stafford, el profesor de teología, dio conferencias en Cambridge sobre la Biblia, Latimer se aseguraba de estar presente para asustar y ahuyentar a los eruditos. De hecho, su celo por el papado fue tan notorio, que fue elegido para el oficio de portador de la cruz en las procesiones religiosas de la Universidad, y cumplió con el deber con la solemnidad esperada durante siete años. ¡Tal era el barro del que Dios formó un vaso precioso apto para Su obra! ¡Tales fueron los primeros comienzos de uno de los mejores y más útiles reformadores ingleses!

El instrumento que Dios usó para llevar a este papista furioso al conocimiento de la verdad de Cristo, fue un estudiante llamado Bilney. Bilney era un contemporáneo de Latimer en Cambridge, que durante algún tiempo había abrazado las doctrinas de la Reforma y finalmente fue quemado como mártir en Norwich. Percibió que Latimer era un hombre sincero y honesto, y amablemente pensó que era posible que su celo por el papado pudiera deberse a la falta de conocimiento. Por lo tanto, fue valientemente a él después de su ataque público contra Melancthon, y humildemente pidió que se le permitiera hacer una confesión privada de su propia fe. El éxito de este valiente paso fue total. El viejo Latimer nos dice: "Aprendí más por su confesión que todo lo que pude aprender muchos años antes. A partir de ese momento comencé a oler la Palabra de Dios, y abandoné a los doctores escolásticos y esas tonterías ". (I., 335.) La conducta de Bilney en esta ocasión parece haber sido muy loable. Debe animarnos a todos a tratar de hacer el bien al prójimo. Es una prueba brillante de la verdad del proverbio, "Una palabra dicha a tiempo, ¡qué buena es!"

Hugh Latimer no era un hombre que hiciera nada a medias. Tan pronto como dejó de ser un celoso papista, comenzó de inmediato a ser un celoso protestante y se entregó, en cuerpo, alma y mente, a la obra de hacer el bien. Visitó, en compañía de Bilney, a los enfermos y presos. Comenzó a predicar en los púlpitos de la Universidad, en un estilo hasta entonces desconocido en Cambridge, y pronto se hizo famoso como uno de los predicadores más impactantes y poderosos de la época. Incitó a cientos de sus oyentes a escudriñar las Escrituras e indagar por el camino de la salvación. Becon, luego capellán de Cranmer, y Bradford, luego capellán de Ridley, relataron su conversión gracias a sus sermones. Becon nos ha dejado una descripción notable de los efectos de su predicación. Él dice: "Ninguno, excepto los tercios e incircuncisos de corazón, se apartó de ella sin ser movido a un gran aborrecimiento del pecado, y a caminar diligentemente hacia toda piedad y virtud". (Becon's Works, vol. II. 224. Parker's Society Edition).

Las consecuencias de este fiel cumplimiento del deber ministerial fueron justamente las que toda experiencia podría llevarnos a esperar. Se levantó contra Latimer una tormenta de persecución. Enjambres de frailes y doctores que lo habían admirado cuando cargaba la cruz como papista, se levantaron contra él en un cuerpo cuando predicó la cruz como San Pablo. El obispo de Ely prohibió que siguiera predicando en los púlpitos de la Universidad de Cambridge; y si no hubiera obtenido el permiso del Dr. Barnes para predicar en la iglesia de los frailes agustinos, que estaba exenta de jurisdicción episcopal, podría haber sido silenciado por completo. Pero la malicia de sus enemigos no se detuvo aquí. Se presentaron quejas en su contra ante el cardenal Wolsey, y más de una vez tuvo que comparecer ante él y Tonstall, obispo de Londres, acusado de herejía. De hecho, cuando se consideran las circunstancias de la época, es maravilloso que Latimer en este período de su vida no compartiera el destino de Bilney y sufriera la muerte en la hoguera.

Pero el Señor, en cuyas manos están nuestros tiempos, tenía más trabajo que hacer para Latimer, y levantó para él amigos inesperados en lugares más altos. Sus decididas opiniones a favor del divorcio de Enrique VIII de Catalina de Aragón lo pusieron en comunicación con el Dr. Butts, el médico del Rey, y finalmente le aseguraron el favor y el patrocinio del propio Rey. En el año 1530 fue nombrado capellán real y predicó varias veces ante el Rey. En el año 1531, el favor real le consiguió un puesto para vivir en West Kington, cerca de Chippenham, en Wiltshire; y, a pesar de las protestas de su amigo el Dr. Butts, abandonó inmediatamente la corte y se fue a vivir después de su curia.

En West Kington Latimer era el mismo hombre que había sido últimamente en Cambridge, y encontró al diablo como un adversario tan ocupado en Wiltshire como lo había encontrado en la Universidad. En labores pastorales fue abundante. En la predicación fue instantáneo en tiempo y fuera de tiempo, tanto dentro como fuera de su parroquia. Tenía plena autoridad para hacerlo, en virtud de una licencia general de la Universidad de Cambridge. Pero cuanto más lo hacía, más enojado se

ponía el clero papista ocioso de West Kington, y más se esforzaban por detener sus procedimientos. Tan cierto es que la naturaleza humana es la misma en todas las edades. Generalmente hay un espíritu de perro del hortelano sobre un ministro sin gracia. No hace el bien a sí mismo, ni le gusta que nadie más lo haga por él. Este fue el caso de los fariseos: "quitaron la llave del conocimiento; no entrando ellos, y a los que entraban, se lo impidieron". (Lucas II. 52.) Y como fue en los días de los fariseos, así fue en los días de Latimer.

En una ocasión, el alcalde y los magistrados de Bristol, que eran muy amables con él, lo habían designado para predicar ante ellos el día de Pascua. Se había dado aviso público y todo el mundo esperaba con agrado el sermón, porque Latimer era muy popular en Bristol. De repente, salió una orden del obispo que prohibía a cualquiera predicar en Bristol sin su licencia. El clero del lugar atendió a Latimer, y le informó de la orden del obispo, y luego, sabiendo bien que no tenía tal licencia, le dijeron "que lamentaban muchísimo haber sido privados del placer de escuchar un excelente discurso de su parte". Desafortunadamente, sus hipócritas cumplidos y arrepentimientos fueron inoportunos. Latimer había escuchado toda la historia del asunto. Y sabía bien que estos caballeros de lengua suave eran las mismas personas que le habían escrito al obispo para impedir su predicación.

Durante cuatro años, mientras era vicario de West Kington, el buen hombre fue sometido a una constante sucesión de pequeños ataques preocupantes e intentos de evitar que hiciera el bien. Fue citado a Londres, llevado ante el arzobispo Warham y detenido durante muchos meses en su casa. Fue invitado antes de la Convocación, excomulgado y encarcelado por un tiempo. Pero el cuidado protector de Dios parece haber estado siempre a su alrededor. Sus enemigos parecen haber sido maravillosamente reprimidos de llevar su malicia al extremo. Finalmente, en 1535, el rey detuvo repentinamente su persecución al nombrarlo obispo de Worcester. Ciertamente, es maravilloso que un hombre así concediera este nombramiento. Algunos lo han atribuido a la influencia de Lord Cromwell; algunos al de la reina Ana Bolena; algunos a los del Dr. Butts; algunos a los de Cranmer, que siempre fue el amigo rápido de Latimer. Tales especulaciones son, por decir lo mejor, inútiles. "El corazón del Rey está en la mano del Señor, como ríos de aguas, Él lo vuelve a donde Él quiere". (Prov. XXI. 1.) Cuando Dios tiene la intención de darle a un buen hombre un alto cargo, siempre puede levantar a un Darío para que se lo entregue.

La historia del episcopado de Latimer es breve y simple, ya que solo duró cuatro años. Era el mismo hombre en un palacio episcopal que había estado en una casa pastoral de campo o en un púlpito de Cambridge. El ascenso no le echó a perder. La mitra no apagó su celo por el Evangelio. Siempre fue fiel, siempre sencillo, siempre en los asuntos de su Padre, siempre trabajando para hacer el bien a las almas. Fox, el historiador, habla muy bien de "sus esfuerzos, estudio, disposición y cuidado continuo al enseñar, predicar, exhortar, visitar, corregir y reformar, ya sea según su capacidad a plenitud o con estas diezmadas". Pero agrega, "los días

entonces eran tan peligrosos y variables que no podía hacer lo que quería en todas las cosas. Sin embargo, lo que pudo hacer, lo hizo con todas sus fuerzas, de modo que, aunque no pudo extinguir por completo todas las reliquias centelleantes de la vieja superstición, obró de tal manera que aunque no pudieran ser quitadas totalmente, sin embargo, deberían ser utilizadas con el menor daño y la mayor ganancia posible".

En 1536 encontramos al obispo Latimer nombrado por el arzobispo Cranmer para predicar antes de la Convocación del Clero. Sin duda, esta designación se hizo a sabiendas. Cranmer sabía bien que Latimer era el hombre adecuado para la ocasión. Los sermones que predicó aún existen y justifican plenamente la elección del Arzobispo. Es probable que nunca se hayan pronunciado dos discursos más fieles y conmovedores a un cuerpo de hombres ordenados. Nos obligan a volver a estos con una lectura concienzuda.

"Buenos hermanos y padres", dijo en un lugar, "ya que estamos aquí reunidos, por amor de Dios, hagamos algo por lo cual se nos reconozca como hijos de la luz. Hagamos algo, no sea que nosotros, que hasta ahora hemos sido juzgados hijos del mundo, demostremos serlo todavía. Todos los hombres nos llaman prelados; luego, viendo que estamos en concilio, ordenémonos de tal modo seamos prelados en honor y dignidad, que seamos prelados en santidad, benevolencia, diligencia y sinceridad".

"Hermanos, levanten la cabeza y miren a su alrededor con los ojos y divisen qué cosas se van a reformar en la Iglesia de Inglaterra. ¿Es tan difícil observar un asunto tan grande, es tan difícil para ustedes ver tantos abusos en el clero y muchos en los laicos? - Luego menciona varios abusos flagrantes por su nombre: el estado de la Corte de Arcos y los Consistorios del Obispo - el número de ceremonias y festividades supersticiosas - la adoración de imágenes y la visita de reliquias y santos - los milagros mentirosos y la venta de misas, - y les pide que las examinen y las modifiquen. Termina todo con una advertencia solemne de las consecuencias de que los obispos descuiden estos abusos notorios. - "Dios vendrá", dice. "Dios vendrá: no tardará mucho. Vendrá un día en el que menos lo esperamos, y en una hora que no conocemos. Vendrá y nos cortará en pedazos. Él nos dará la recompensa de los hipócritas. Hermanos míos, él nos pondrá donde será el llanto; donde será el crujir de dientes, hermanos míos. Estos son los platos delicados preparados para los niños más queridos del mundo. Éstas son las hostias y los postres provistos para los prelados mundanos: llanto y crujir de dientes". - "Ved, hermanos, qué pena y castigo os es provisto si sois mundanos. Si no quieréis, entonces te enfadarás, no seáis hijos del mundo. Si no queréis ser hijos del mundo, no os dejéis afligir por el amor a las cosas mundanas; no te apoyes en ellos. Si no vais a morir eternamente, no vivas mundanamente. Ven, ven aquí; deja el amor a tus deleites: estudia para la gloria y el provecho de Cristo; buscad en vuestras consultas las cosas que pertenecen a Cristo, y traed finalmente algo que pueda agradar a Cristo. Apacienta tiernamente,

con toda diligencia, el rebaño de Cristo. Predica verdaderamente la Palabra de Dios. Amen la luz, caminen en la luz y, por tanto, sean hijos de la luz mientras estén en este mundo, para que brillen en el mundo venidero, resplandecientes como las estrellas, con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo (Obras, vol. I., P. 50.)". Tal fue un sermón antes de la Convocación de Latimer.

En 1537 encontramos al obispo Latimer asignado a la Comisión de Teólogos para la publicación de un libro que tenía como propósito exponer la verdad de la religión; cuyo resultado fue "la Institución de un cristiano". El mismo año lo encontramos dictando algunos mandatos al prior del convento de Worcester, una casa monástica aún no disuelta, en la que, entre otras cosas, ordena al prior tener una Biblia entera en inglés encadenada en la iglesia. Ordena a cada miembro del convento que se consiga un Nuevo Testamento en inglés; Él dirige una lectura de las Escrituras para que se lean en el convento todos los días, y las Escrituras para que se lean durante el almuerzo y la cena. Poco tiempo después publicó mandatos al clero de su diócesis, en los que ordena a cada uno de ellos que se provea de una Biblia completa, o al menos un Nuevo Testamento, y que cada día lea y estudie un capítulo, por lo menos. También les prohíbe dejar de lado la predicación para cualquier forma de observancia, ceremonias o procesiones, y les ordena que instruyan a los niños en sus respectivas parroquias. Todos estos pequeños hechos son profundamente instructivos. Nos muestran la colosal corrupción de una diócesis inglesa estable en la época de Enrique VIII, y las enormes dificultades que tuvo que superar un obispo reformador.

En 1538 encontramos a Latimer suplicándole a Lord Cromwell que la abadía de Great Malvern no podría ser suprimida por completo. Sugiere que debe mantenerse, "no por monerías", que él dice, "Dios no lo quiera", sino "para mantener la enseñanza, la predicación, el estudio y la oración"; y pregunta si no sería una buena política tener dos o tres de las antiguas casas monásticas de cada condado apartadas para tales fines. Este fue un diseño muy sabio y muestra una gran previsión de las necesidades del país. Si se hubiera llevado a cabo, Durham, St. Bees, Lampeter, King's College, Londres y el London College of Divinity, habrían sido innecesarios. La rapacidad de los cortesanos de Enrique VIII, que tenían un apetito asombroso por la propiedad de las abadías suprimidas, hizo que la sugerencia fuera inútil.

En 1539, el episcopado del obispo Latimer terminó con la promulgación de los seis artículos ya mencionados, en los que se mantuvieron con autoridad algunos de los principales principios del romanismo. Resistió enérgicamente la aprobación de esta ley en oposición al Rey y al Parlamento; y el resultado fue que se vio obligado a dimitir de su obispado. Se relata que el día en que esto sucedió, cuando regresó de la Cámara de los Lores a su alojamiento, se quitó la vestimenta episcopal y, de un salto, declaró a los que estaban a su alrededor que se sentía más liviano que lo que había sido durante algún otro tiempo.

Los siguientes ocho años de la vida de Latimer parecen haber transcurrido en un silencio forzado y en un estado de jubilación. Leemos poco de todo lo que hizo. No sabemos exactamente dónde pasó su tiempo y si regresó a su antigua vida en West Kington o no. Lo más probable es que se lo considerara un hombre sospechoso y peligroso, y que tuviera muchas dificultades para preservar su vida. El único hecho cierto que sabemos es que finalmente fue encarcelado por hereje y pasó el último año del reinado de Enrique VIII encerrado en la Torre.

Durante Eduardo VI. Cuando llegó al trono, en 1547, Latimer fue inmediatamente liberado de la prisión y tratado con todas las muestras de respeto. Se le ofreció su antiguo obispado de Worcester, y la Cámara de los Comunes presentó una dirección al Protector Somerset, solicitando encarecidamente que pudiera ser reelegido. La vejez y las enfermedades crecientes hicieron que Latimer declinara la dignidad ofrecida, y pasó los siguientes seis años de su vida sin ningún cargo, pero ciertamente no como un hombre ocioso. Su residencia principal durante estos seis años fue con su viejo amigo y aliado, el arzobispo Cranmer, bajo el hospitalario techo del Palacio de Lambeth. Mientras estuvo aquí participó activamente en todas las medidas adoptadas para llevar adelante la Reforma Protestante. Ayudó a Cranmer a componer el primer libro de Homilías, y también fue uno de los teólogos designados para reformar la Ley Eclesiástica, una obra que nunca se completó. Durante todo este tiempo, generalmente predicó dos veces el domingo. En la primera parte del reinado de Eduardo VI, predicó constantemente ante el Rey. En la última parte, fue de un lado a otro en los condados del centro de Inglaterra, predicando donde sus servicios parecían más solicitados, y especialmente en Lincolnshire. Este fue quizás el período más útil de su vida. Ninguno de los reformadores probablemente sembró las semillas de la sana doctrina protestante de manera tan amplia y eficaz entre las clases media y baja como Latimer. El difunto Sr. Southey da testimonio de esto, él dice: "Latimer, más que cualquier otro hombre, promovió la Reforma con su predicación".

La prematura muerte de Eduardo VI y el ascenso de la reina María al trono inglés en 1553, puso fin a los esfuerzos activos de Latimer en favor del Evangelio. De ahora en adelante fue llamado a glorificar a Cristo sufriendo y no haciendo. La historia de sus sufrimientos y el noble coraje con que los soportó se cuentan admirablemente en "Los mártires de Fox", un libro que todos los eclesiásticos de estos días deberían estudiar.

Tan pronto como la reina María subió al trono, uno de los primeros actos de su gobierno fue la detención de los principales Reformadores Ingleses: y Latimer fue uno de los primeros para los que se emitió una orden judicial. El mensajero de la reina lo encontró haciendo el trabajo de su Maestro como predicador en Warwickshire, pero bastante preparado para la cárcel. Había recibido aviso de lo que vendría seis horas antes de que llegara el mensajero, de un buen hombre llamado Careless, y fácilmente podría haber escapado; pero se negó a aprovechar la

oportunidad. Dijo: "Me voy a Londres con la misma voluntad en este momento, siendo llamado por mi Príncipe para rendir cuentas de mi doctrina, como siempre fui a cualquier lugar del mundo. Y no dudo que Dios, como me hizo digno de predicar su Palabra a dos príncipes excelentes, así me capacitará para dar testimonio de lo mismo al tercero". Con este espíritu, cabalgó alegremente hasta Londres y dijo, al pasar por Smithfield, donde generalmente se quemaba a los herejes: "Smithfield ha clamado por mí durante mucho tiempo".

Latimer fue confinado de inmediato en la Torre, en compañía de Cranmer, Ridley y Bradford, y por falta de espacio, los cuatro fueron confinados en una sola cámara. Allí, estos cuatro mártires, para usar las palabras del viejo Latimer, "leyeron juntos el Nuevo Testamento con gran deliberación y estudio doloroso", y acordaron unánimemente que no se podía encontrar transustanciación en él. Desde la Torre, los tres obispos fueron trasladados a Oxford en 1554; y allí, en 1555, Latimer y Ridley fueron quemados vivos en la hoguera, como herejes obstinados.

El comportamiento del anciano obispo en la cárcel obedecía a su vida anterior. Durante dos largos años nunca perdió el ánimo, y su fe y paciencia nunca le fallaron. Gran parte de su tiempo lo dedicó a leer la Biblia. Él mismo dice: "Leí el Nuevo Testamento más de siete veces mientras estaba en prisión". Pasó gran parte de su tiempo en oración. Agustín Bernher, su fiel servidor, nos cuenta que a menudo continuaba arrodillado tanto tiempo que no podía levantarse de sus rodillas sin ayuda. Tenía tres peticiones que solía pedir al Señor de forma especial en sus oraciones durante este momento. Una fue, aquello que Dios había hecho de él. Lo nombró predicador y profesor de Su Palabra, le pedía que le diera la gracia de mantenerse firme en su doctrina hasta su muerte. Otra fue, que Dios, por su misericordia, restaurara el Evangelio de Cristo al reino una vez más; a menudo repetía estas dos palabras, "una vez más". La tercera era que Dios preservaría a la princesa Isabel y la convertiría en un consuelo para Inglaterra. Es un hecho sorprendente que todas estas tres peticiones de oración fueron concedidas en su totalidad.

La conducta de Latimer en sus diversos juicios y exámenes ante sus perseguidores papistas fue en algunos aspectos más sabia y mejor que la de los otros mártires. Sabía bastante bien que su muerte estaba decidida y tenía toda la razón. Gardiner, el obispo papista de Winchester, había dicho abiertamente que "haría que pusieran el hacha a la raíz del árbol: los obispos y los predicadores más poderosos ciertamente deberían morir". Bonner, el obispo papista de Londres, había dicho: "Dios le haga eso a Bonner, y más también, si uno de los herejes se me escapa". Actuando de acuerdo con esta impresión, Latimer le dijo a Ridley antes del juicio que debía decir poco. - "Hablan de una disputa libre", dijo, "pero su argumento será como lo fue con sus antepasados: 'Tenemos una ley, y por nuestra ley debe morir.'"
- Actuando sobre esta impresión, él hizo poco en sus diversas pruebas, pero

hizo una simple profesión de fe. Se negó a dejarse llevar a largas discusiones sobre las opiniones de los Padres, como Cranmer y Ridley.

Les dijo claramente a sus jueces que "los Padres podrían estar errados en algunos puntos"; y que él sólo "les creyó cuando dijeron verdad, i y tenían la Escritura con ellos!" Probablemente nunca se hizo un comentario más sabio y verdadero sobre los Padres.

La muerte del viejo Latimer está tan bellamente descrita por Fox, que no puedo hacer nada mejor que contarles el relato lo más cercano posible con sus palabras. Ciertamente, no intentaré estropearlo con ninguna adición propia, aunque debo resumirlo considerablemente.

"El lugar designado para la ejecución (dice Fox) estaba en el lado norte de Oxford, en la zanja frente al Balliol College. Por temor a cualquier tumulto que pudiera surgir para evitar el incendio, Lord Williams y los jefes de familia de la ciudad recibieron la orden por carta de la Reina de ser ayudantes, suficientemente armados; y cuando todo estuvo listo, los prisioneros fueron sacados juntos el 16 de octubre de 1555".

"Ridley llegó primero, con un vestido negro de piel, como el que solía usar cuando era obispo. Después de él venía Latimer, con un pobre hábito de Bristol, todo gastado, con su gorra abotonada, un pañuelo en la cabeza, y un sudario nuevo y largo colgando de sus medias hasta los pies".

"Ridley, mirando hacia atrás, vio a Latimer que venía detrás, a quien le dijo: 'Oh, ¿estás ahí?' '¡Sí!', Dijo el maestro Latimer, 'tan rápido como puedo seguir.' Al final llegaron a la hoguera uno tras otro. Ridley entró por primera vez en el lugar y, alzando con seriedad ambas manos, miró hacia el cielo. Poco después, al ver a Latimer, corrió hacia él, lo abrazó y lo besó, diciendo: 'Ten buen ánimo, hermano, porque Dios calmará la furia de las llamas o nos fortalecerá para soportarlo'".

"Con eso fue a la estaca, se arrodilló junto a él, lo besó y oró; y detrás de él Latimer se arrodilló, invocando a Dios con seriedad. Después de que se levantaron, uno conversó un rato con el otro, pero lo que dijeron Fox no pudo saberlo de ningún hombre."

"Luego se vieron obligados a escuchar un sermón predicado por un sacerdote renegado, llamado Smith, sobre el texto, 'Aunque entregara mi cuerpo para ser quemado, y no tengo caridad, no soy nada'. Intentaron responder a las declaraciones falsas de este miserable discurso, pero no se les permitió. Ridley dijo: 'Bueno, entonces encomiendo nuestra causa al Dios Todopoderoso, quien juzgará imparcialmente a todos'. Latimer agregó su propio verso: Bueno, no hay nada oculto,

que no haya de ser manifiesto;' y dijo: 'Él podría responder a Smith bastante bien, si pudiera sufrirlo'".

"Después de esto se les mandó que se prepararan inmediatamente y obedecieron con toda mansedumbre. Ridley dio su ropa y todas las cosas que tenía sobre él a los que estaban a su lado, y feliz fue el que pudo conseguir cualquier trapo de él. Latimer no dio nada, pero en silencio permitió que su guardián le quitara las medias y el resto de la ropa, lo cual fue muy simple. Y ahora, despojado de su mortaja, les pareció una persona tan saludable como uno podría desear ver. Y aunque con su ropa parecía un anciano encorvado y marchito, ahora estaba bastante erguido."

"Luego, el herrero tomó una cadena de hierro y la ató alrededor del medio de Ridley y Latimer a una estaca. Cuando estaba golpeando una grapa, Ridley tomó la cadena en sus manos y le dijo al herrero: "Buen amigo, golpéalo con fuerza, porque la carne seguirá su curso." Una bolsa de pólvora fue atada alrededor del cuello de cada uno. Amontonaron leña a su alrededor y se completaron los horribles preparativos".

"Luego trajeron un atado de leña encendido con fuego y lo colocaron a los pies de Ridley, a quien Latimer luego le dijo de esta manera: 'Que te sea de un buen consuelo, hermano Ridley, y actúe como un hombre; este día encenderemos una vela, en Inglaterra, que por la gracia de Dios confío nunca se apagará'".



Hugo Latimer y Nicolás Ridley

"Y así, cuando se encendió el fuego, cuando Ridley vio que el fuego ardía hacia él, gritó a gran voz: 'Señor, en tus manos encomiendo mi espíritu: ¡Señor, recibe mi espíritu!' Y repitió la última parte sucesivamente. Latimer, gritaba con gran vehemencia al otro lado de la hoguera: "¡Padre del cielo, recibe mi alma!", él recibió la llama como si la abrazara. Después de haberse acariciado la cara con las manos, como si se bañara un poco en el fuego, pronto murió, dando la impresión que fue con muy poco dolor".

"Y tanto", dice Fox, "con respecto al fin de este viejo y bendito siervo de Dios, el obispo Latimer, por cuyos laboriosos servicios, vida fructífera y muerte ejemplar, todo el reino tiene motivos para dar grandes gracias al Dios Todopoderoso".

Latimer vivió y murió soltero, y no tengo conocimiento de que en la actualidad ninguna familia inglesa afirme tener alguna conexión con él. Pero dejó tras de sí un nombre mucho mejor que el de hijos e hijas, un nombre que será honrado por todos los verdaderos protestantes ingleses mientras el mundo siga en pie.

"De todos los mártires marianos", dice Fuller, "el Sr. Philpot era el caballero mejor nacido, el obispo Ridley el erudito más profundo, el Sr. Bradford el hombre más santo y devoto, el arzobispo Cranmer del temperamento más suave y manso, el obispo Hooper de la naturaleza más severa y austera, el Dr. Taylor tenía el ingenio más alegre y agradable, pero el Sr. Latimer tenía el corazón más claro y sencillo".

Las Opiniones de Latimer



Ahora paso del tema de la vida de Latimer, a sus opiniones. He hecho un breve esbozo de su historia, desde su nacimiento hasta su muerte. Mis lectores creerán fácilmente que he dejado muchas cosas sin contar.

Podría insistir en la predicación de este buen hombre. Probablemente, pocos se han dirigido alguna vez a una congregación inglesa con más efecto que él. Sin duda, sus sermones ahora existentes no se adaptarían al gusto moderno. Contienen muchas cosas originales, singulares y toscas. Son muy familiares, divagantes y discursivos, y a menudo están llenos de historias de rumores. Pero, después de todo, en estos días somos malos jueces de lo que debería ser un sermón. Un sermón moderno es demasiado a menudo un ensayo religioso aburrido, manso, sin sentido, lleno de oraciones medidas y rutinarias, con un inglés johnsonian, trivialidades simples, declaraciones tímidas y leche y agua elaboradamente mezcladas. Es una espada de plomo, sin punta ni filo: un arma pesada y con pocas probabilidades de ejecutar algo importante. Pero si un predicador puede lograr una combinación de sana doctrina del Evangelio, lenguaje sajón sencillo, audacia, vivacidad, franqueza y simplicidad, sospecho que pocos han igualado al viejo Latimer.

Podría proporcionar muchas pruebas de su valentía y fidelidad como ministro. No rehuía atacar los pecados de nadie, incluso si eran los pecados de un rey. Cuando Enrique VIII controló la difusión de la Biblia, Latimer le escribió una carta llana, mucho antes de ser obispo, en la que le reprochaba su conducta. Temía a Dios y a nada más temía. "Latimer, Latimer", exclamó al comienzo de uno de sus sermones, "vas a hablar ante el alto y poderoso rey Enrique VIII, quien es capaz, si lo cree conveniente, de quitarte la vida. Ten cuidado con lo que dices. Pero Latimer, Latimer, recuerda también que estás a punto de hablar ante el Rey de reyes y Señor de señores. Ten cuidado de no desagradarle".

Podría hablar de su falta de mundo. Renunció a un obispado rico y se retiró a la vida privada, por el bien de la conciencia, sin un murmullo. Rechazó ese mismo obispado nuevamente, porque se sentía demasiado mayor para cumplir con sus deberes, cuando podría haberlo tenido diciendo "Sí". Podría hablar de su genuina bondad de corazón. Siempre fue amigo de los pobres y afligidos. Gran parte de su tiempo, mientras permaneció en Lambeth, estuvo ocupado examinando los casos de personas que le solicitaron ayuda. Podría hablar de su diligencia. Hasta el final de su vida solía levantarse a las dos de la mañana y empezar a leer y estudiar. Todo esto, y mucho más, diría, si entro en más detalles en esta biografía.

Confío, sin embargo, haber dado suficientes hechos para dar una vaga idea de lo que era el hombre. Confío en que mis lectores estarán de acuerdo conmigo en que fue uno de los mejores obispos que ha tenido este país y que habría sido bueno para la Iglesia de Inglaterra si más de sus obispos hubieran sido como el obispo Latimer.

No olvidemos nunca, mientras pensamos en la historia de su vida, que él es un ejemplo glorioso de los milagros que la gracia de Dios puede obrar. El Espíritu puede tomar a un papista intolerante y feroz y convertirlo en un protestante fiel. Donde está la mano del Señor, nada es imposible. Nunca pensemos que ningún amigo,

familiar o compañero se opone demasiado al Evangelio para convertirse en un verdadero cristiano. ¡Fuera la idea! No hay casos perdidos bajo el Evangelio. Recordemos a Latimer y nunca nos desesperemos.

De todos estos temas, por interesantes que sean, paso a uno que es aún más importante en la actualidad. Ese tema es la naturaleza de las opiniones teológicas de Latimer. No me disculparé por extenderme sobre este tema. Las circunstancias de los tiempos que vivimos, dan al tema una importancia más que ordinaria.

Vivimos en días en que se hacen declaraciones muy extrañas en algunos sectores, en cuanto a las verdaderas doctrinas de la Iglesia de Inglaterra. Los puntos de vista semi-papistas sobre la regla de fe, sobre la justificación, sobre la regeneración, sobre los sacramentos, sobre la predicación, son continuamente instados a la atención de las congregaciones, mientras que los defensores y maestros de estos puntos de vista se arrojan fríamente a sí mismos el mérito de ser los únicos eclesiásticos sanos.

No tiene sentido que aquellos que repudian estos puntos de vista semi-papistas desafíen a sus defensores a probarlos mediante las Escrituras. La respuesta inmediata que se da es: que, ya sea que estos puntos de vista sean bíblicos o no, no puede haber duda de que son "puntos de vista de la Iglesia". No tiene sentido que afirmemos que estos puntos de vista no se encuentran en los Artículos, Liturgia y Homilías de la Iglesia de Inglaterra, cuando se interpretan de forma honesta y coherente. Se nos dice en voz baja que no sabemos nada sobre el asunto. ¡Somos estúpidos! ¡Somos densos! ¡Somos ciegos! ¡Somos ignorantes! No entendemos el lenguaje sencillo. ¡Ellos son los verdaderos hombres! Sus puntos de vista son los verdaderos "puntos de vista de la Iglesia"; y si no estamos de acuerdo con ellos, idebemos estar muy equivocados! En resumen, nos queda inferir que, si somos honestos y consecuentes, debemos dejar nuestra querida vieja Iglesia y entregársela a los ritualistas. Apelo a la experiencia de todo aquel que vive con los ojos abiertos y entiende los signos de los tiempos. Mis lectores saben bien que estoy describiendo cosas que están sucediendo en todas partes del país.

Ahora que las cosas han llegado a este punto, veamos si no podemos arrojar un poco de luz sobre el tema mirando 300 años hacia atrás. Preguntemos cuáles fueron los puntos de vista de los hombres que sentaron las bases de la Iglesia de Inglaterra, y son notoriamente los padres de los Artículos, Homilías y Liturgia. Pongamos al viejo Latimer hoy en el estrado de los testigos y veamos cuáles eran sus opiniones sobre los puntos en disputa. Un miembro de honor de la Iglesia de Inglaterra en el período en que las doctrinas de la Iglesia se perfilaron y se les dieron forma por primera vez, un amigo cercano y querido y consejero del Arzobispo Cranmer, un asistente en la composición del primer libro de Homilías, - un obispo cuya ortodoxia y solidez nunca fueron cuestionadas ni por un momento por sus contemporáneos, - si alguien sabe lo que debe sostener un verdadero eclesiástico, seguramente el

obispo Latimer debe ser ese hombre. Si sus puntos de vista no son verdaderos puntos de vista de la "Iglesia", no sé entonces de quién son.

Les pido a mis lectores, entonces, que tengan paciencia conmigo durante unos minutos, mientras les doy algunos extractos de las obras de Latimer. Las citas de escritores antiguos, lo sé muy bien, son muy aburridas y rara vez se leen. Pero quiero informar a las mentes de los ingleses sobre la importancia de la siguiente cuestión en la actualidad: ¿quién es y quién no es un verdadero eclesiástico?

- (1) En primer lugar, ¿qué pensó el obispo Latimer sobre las ESCRITURAS? Este es un punto con el que está ligada la existencia misma de la religión verdadera. Algunos eclesiásticos nos dicen hoy en día, a pesar del artículo sexto¹, que la Biblia por sí sola no es la regla de la fe y no puede hacer que un hombre sea sabio para la salvación. ¡No! debe ser la Biblia y los Padres, o la Biblia y la tradición católica, o la Biblia y la Iglesia, o la Biblia explicada por el libro de oraciones, o la Biblia explicada por un hombre ordenado episcopalmente, pero no la Biblia sola. Ahora escuchemos al obispo Latimer.

Dice, en un sermón ante Eduardo VI: "Les diré lo que me dijo una vez un obispo de este reino. Envió a buscarme y se maravilló de que yo no consintiera en las tradiciones establecidas. Y le respondí que me regiría el libro de Dios, y que prefería en lugar de apartarme un ápice de él, ser destrozado por los caballos salvajes. En nuestra comunicación tuve la casualidad de nombrar la Cena del Señor. ¡Caramba! dice el obispo. ¿Cómo dices? ¿la Cena del Señor? ¿Qué término nuevo es este? Junto a él estaba un Dr. Dubber. Poco a poco intentó denominarlo y dijo que este término rara vez se leía en los doctores. Y respondí que preferiría seguir a Pablo en sus términos que a ellos, aunque tuvieran a todos los doctores de su lado " (Obras, I., 121.).

Dice nuevamente, en su conferencia con Ridley: "Un laico, temeroso de Dios, es mucho más apto para entender las Sagradas Escrituras que cualquier sacerdote arrogante u orgulloso; sí, que el mismo Obispo, aunque sea él siempre tan grande y resplandeciente en sus oficios pontificios. Pero, ¿qué se puede decir de los Padres? ¿Cómo deben ser estimados? San Agustín responde, dando esta regla, - así, por tanto, no debemos pensar que es verdad porque ellos lo dicen, nunca se exceden tanto en santidad y conocimiento; más si pueden probar lo que dicen por la Escritura canónica, o por buenas razones probables; ahora bien, lo que significa que es una razón probable, creo, que esto es seguir ordenadamente y de forma recta una recopilación y acopio de las Sagradas Escrituras.

¹ ARTÍCULO VI. De la suficiencia de las Sagradas Escrituras para la Salvación. La Escritura Santa contiene todas las cosas necesarias para la Salvación: de modo que cualquier cosa que no se lee en ella, ni con ella se prueba, no debe exigirse de hombre alguno que la crea como artículo de Fe, ni debe ser tenida por requisito necesario para la Salvación. Bajo el nombre de Escritura Santa entendemos aquellos Libros Canónicos del Antiguo y Nuevo Testamento, de cuya autoridad nunca hubo duda alguna en la Iglesia.

“Deja que los papistas se vayan con su larga fe. Ustedes estén contentos con la breve fe de los santos, que se nos revela en la Palabra de Dios escrita. Adiós a todas las fantasías papistas. ¡Amén! Porque un hombre que tiene la Escritura, y una buena razón para él, es más digno de estimarse a sí mismo solo, que mil como ellos, reunidos o sucediéndose unos a otros. Los Padres tienen hierbas y malezas, y los papistas suelen recoger las malezas y dejar a un lado las hierbas (Obras de Ridley, p. 114. Edición de Parker)”.

No hago ningún comentario sobre estos pasajes, hablan por sí mismos.

(2) En el siguiente punto, ¿qué pensó el obispo Latimer acerca de la justificación por la fe? Esta es la doctrina que Lutero realmente llamó el fundamento sobre el cual una Iglesia se mantiene en pie o cae. Esta es la doctrina que, a pesar del artículo undécimo² de nuestra Iglesia, muchos ahora están tratando de oscurecer, mezclándolo con el bautismo, la Cena del Señor, nuestras propias obras, y no sé qué más. Ahora escuchemos al obispo Latimer.

Él dice, en un sermón predicado en Grimsthorpe, Lincolnshire, “Cristo conoce a todos los que son justos, santos y agradables ante Dios, que creen en Él, que ponen su confianza, esperanza y fe en Él. Por la pasión que Él padeció, obtuvo que todos los que creen en él sean justificados por él como si nunca hubieran cometido ningún pecado y como si hubieran cumplido la ley al máximo. Porque sin él estamos bajo la maldición de la ley. La ley nos condena. La ley no puede ayudarnos. Y, sin embargo, la imperfección no está en la ley, sino en nosotros. La ley misma es santa y buena, pero no podemos guardarla, por eso la ley nos condena. Pero Cristo con su muerte nos ha librado de la maldición de la ley. Él nos ha puesto en libertad y ha prometido que si creemos en Él no pereceremos, la ley no nos condenará. Por tanto, estudiemos para creer en Cristo. Pongamos toda nuestra esperanza, confianza y fe solo en Él. No vamos a mancharlo con nada, porque, como les dije antes, nuestros méritos no pueden merecer la vida eterna. Es una cosa demasiado preciosa para ser merecida por el hombre. Es obra suya solamente. Dios nos lo ha dado para que sea nuestro Libertador y para darnos vida eterna”. (II. 125.)

Vuelve a decir en otro sermón: “Aprende a aborrecer el veneno más detestable y peligroso de los papistas, este es que buscan echar a Cristo de su oficio. Aprende, digo, a dejar todo papado, y a apegarte sólo a la Palabra de Dios, que enseña que Cristo no sólo es un juez, sino un justificador, un dador de salvación y quien nos limpia de todo pecado. Él compró nuestra salvación a través de su dolorosa muerte, y nosotros la recibimos al creer en Él, como nos enseña San Pablo, diciendo:

² ARTÍCULO XI. De la Justificación del Hombre. Somos reputados justos delante de Dios solamente por el mérito de nuestro Señor y Salvador Jesucristo, por la Fe, y no por nuestras obras o merecimiento. Por lo cual, que nosotros somos justificados por la Fe solamente, es Doctrina muy saludable y muy llena de consuelo, como más ampliamente se expresa en la Homilía de la Justificación.

Gratuitamente sois justificados por la fe. En estas palabras de San Pablo, se excluyen todos los méritos y valoración de las obras y les son quitados totalmente. Porque si fuera por nuestras obras, entonces no sería gracia, pero San Pablo dice gratuitamente. ¿Crearás ahora en San Pablo o en los papistas? (II. 147.)

Vuelve a decir, en otro sermón: "Sólo Cristo, y ningún otro hombre, mereció la remisión, la justificación y la felicidad eterna, para todos los que creen en Él mismo. Los que no lo crean, no lo tendrán; porque no hay otra posibilidad, sino creed y recibid. " (I. 421.)

Una vez más, digo que estos pasajes no requieren ningún comentario mío. Hablan por sí mismos.

(3) A continuación, ¿qué pensó el obispo Latimer sobre la regeneración? Esto, como todos saben, es objeto de una de las grandes controversias del momento. Multitudes de eclesiásticos, a pesar del artículo decimoséptimo³ y la homilía del domingo de Pentecostés, sostienen que todos los bautizados son necesariamente regenerados y reciben la gracia y el Espíritu Santo en el momento en que son bautizados. En una palabra, nos dicen que todo hombre, mujer y niño, que ha recibido el bautismo, también ha recibido la regeneración, y que cada congregación de la Iglesia de Inglaterra debe ser dirigida como una asamblea de personas regeneradas. Ahora escuchemos al obispo Latimer.

Dice, en un sermón predicado en Lincolnshire, "Hay dos clases de hombres. Hay algunos que no han sido justificados, no han sido regenerados, todavía no están en estado de salvación, es decir, no son siervos de Dios. Les falta la renovación o regeneración. Aún no han venido a Cristo". (II. 7.) Afirma, en un sermón predicado

³ ARTICULO XVII. De la Predestinación y Elección. La Predestinación a la Vida es el eterno Propósito de Dios (antes que fuesen echados los cimientos del mundo), quien por su invariable consejo, a nosotros oculto, decretó librar de maldición y condenación a los que eligió en Cristo de entre todos los hombres, y conducirlos por Cristo a la Salvación eterna, como a vasos hechos para honra. Por lo cual, los que son agraciados con un beneficio tan excelente de Dios, son llamados según el propósito por su Espíritu que obra en debido tiempo: por la Gracia obedecen a la vocación; son justificados gratuitamente; son hechos Hijos de Dios por adopción; son hechos conforme a la imagen de su Unigénito Hijo Jesucristo; viven religiosamente en buenas obras, y finalmente llegan por la misericordia de Dios a la eterna felicidad.

Como la consideración piadosa de la Predestinación y de nuestra Elección en Cristo, esta llena de un dulce, suave e inefable consuelo para las personas piadosas, y que sienten en sí mismas la operación del Espíritu de Cristo, que va mortificando las obras de la carne y sus miembros mortales, y levantando su ánimo a las cosas elevadas y celestiales, no solo porque establece y confirma grandemente su fe en la Salvación eterna que han de gozar por medio de Cristo, sino porque enciende fervientemente su amor hacia Dios: y así para las personas curiosas y carnales, destituidas del Espíritu de Cristo, el tener continuamente delante de sus ojos la sentencia de la Predestinación Divina, es un precipicio muy peligroso, por el cual el diablo les impele a la desesperación, o al abandono a la vida más impura, no menos peligrosa que la desesperación. Además, debemos recibir las promesas de Dios del modo que nos son generalmente propuestas en la Escritura Santa: y en nuestros hechos seguir aquella Divina Voluntad, que tenemos expresamente declarada en la Palabra de Dios.

ante Eduardo VI, "Cristo dice: El que no naciere de arriba, no puede ver el reino de Dios. Debe tener una regeneración. ¿Y qué es esta regeneración? No es simplemente ser bautizado en agua, como lo exponen esos tizones, y nada más. ¿Cómo se explica entonces? San Pedro nos enseña que un lugar de las Escrituras explica otro. Es el contexto y la recopilación de pasajes lo que aclara las Escrituras. Nacemos de nuevo, dice Pedro, ¿y cómo? ¿No por una semilla mortal, sino por una inmortal? ¿Qué es la semilla inmortal? Por la Palabra del Dios vivo: por la Palabra de Dios predicada y abierta. Así llega nuestro nuevo nacimiento". (I. 202.) Dice, en otro sermón de Lincolnshire, "La predicación es el instrumento de Dios, mediante el cual Él obra la fe en nuestros corazones. Nuestro Salvador dijo a Nicodemo: El que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios. Pero, ¿cómo viene esta regeneración? Escuchando y creyendo la Palabra de Dios: porque así lo dice San Pedro". (I. 471.)

Una vez más, digo que estos pasajes no requieren ningún comentario mío. Hablan por sí mismos.

- (4) En el siguiente lugar, ¿qué pensó el obispo Latimer sobre la Cena del Señor? Este, no necesito decirlo, es un tema sobre el que a menudo se enseña una doctrina muy poco firme en la actualidad. Algunos a nuestro alrededor, frente al artículo vigésimo octavo⁴, hablan de este sacramento de tal manera, que es difícil ver la diferencia entre su doctrina y la transubstanciación papista, o el sacrificio de la misa. Ahora escuchemos al obispo Latimer.

Dice, en su disputa en Oxford, "En el sacramento no se requiere otra presencia de Cristo que una presencia espiritual. Y esta presencia es suficiente para un hombre cristiano, al igual que la presencia por la cual permanecemos en Cristo y Cristo en nosotros, para obtener la vida eterna, si perseveramos en el verdadero Evangelio. Y esta misma presencia puede llamarse presencia real, porque para el creyente fiel existe el cuerpo real y espiritual de Cristo". (II. 252.) Dice, en la misma disputa, "Cristo nunca habló una palabra de sacrificio o de misa; ni prometió a los oyentes ninguna recompensa sino un lugar entre los idólatras con el diablo y sus ángeles, a menos que se arrepientan rápidamente. Por tanto, los sacerdotes que sacrifican deben cesar ahora y para siempre; porque ahora todos los hombres deben ofrecer sus propios cuerpos en sacrificio vivo, santo y agradable delante de Dios. La Cena

⁴ ARTÍCULO XXVIII. De la Cena del Señor. La Cena del Señor no es solamente signo del amor mutuo de los cristianos entre sí; sino más bien un Sacramento de nuestra Redención por la muerte de Cristo: de modo que para los que recta, dignamente y con Fe la reciben, el Pan que partimos es participación del Cuerpo de Cristo; y del mismo modo la Copa de bendición es participación de la Sangre de Cristo.

La Transubstanciación (o el cambio de la substancia del Pan y el Vino), en la Cena del Señor, no puede probarse por las Santas Escrituras; antes bien repugna a las palabras terminantes de los Libros Sagrados, trastorna la naturaleza del Sacramento, y ha dado ocasión a muchas supersticiones.

El Cuerpo de Cristo se da, se toma, y se come en la Cena de un modo celestial y espiritual únicamente: y el medio por el cual el Cuerpo de Cristo se recibe y se come en la Cena, es la Fe.

El Sacramento de la Cena del Señor ni se reservaba, ni se llevaba en procesión, ni se elevaba, ni se adoraba, en virtud de mandamiento de Cristo.

del Señor fue instituida para provocarnos a la acción de gracias y para incitarnos mediante la predicación del Evangelio a recordar su muerte hasta que Él regrese". (II. 256.) Dice, en su último examen, "Hay un cambio en el pan y el vino, y un cambio que ningún poder sino la omnipotencia de Dios puede hacer, en que lo que antes era pan ahora debería tener la dignidad de exhibir el cuerpo de Cristo. Y, sin embargo, el pan sigue siendo pan y el vino sigue siendo vino. Porque el cambio no está en la naturaleza sino en la dignidad". (II. 286.) Él dice, en uno de sus sermones de Lincolnshire, "Cualquiera que coma el pan místico y beba el vino místico dignamente, según la ordenanza de Cristo, ciertamente recibirá el mismo cuerpo y sangre de Cristo espiritualmente, siendo de lo más comfortable para su alma. Come con la boca de tu alma y digiere con el estómago de tu alma el cuerpo de Cristo. Y, para ser breve, todo aquel que cree en Cristo, pone su esperanza, confianza y fe en Él, verdaderamente lo come y bebe. Porque el comer espiritual es el comer correcto para la vida eterna, no el comer corporal". (I. 459.)

Una vez más digo, no hago ningún comentario sobre estos pasajes. Hablan por sí mismos.

Sería fácil multiplicar citas de este tipo a una extensión infinita, si fuera necesario o deseable. Difícilmente hay un tema controvertido en la actualidad sobre el que no pueda dar una opinión clara, bíblica, sensata y sólida del obispo Latimer.

¿A mis lectores les gustaría saber lo que pensaba sobre la ordenanza de la predicación? ¿Le dio poca importancia, como algunos lo hacen hoy en día, y lo consideró como un medio de gracia muy subordinado a los sacramentos y servicios? ¡No! de hecho, no lo hizo. Él lo llama "el oficio de salvación y el oficio de regeneración". Él dice: "Quita la predicación y quitarás la salvación". Él dice, "este oficio de predicar es la única manera ordinaria que Dios ha designado para salvarnos a todos. Mantengamos esto, porque no conozco otra forma". Él declara que "la predicación es contra lo que más luchó el diablo. Ha sido todo su estudio para destruir este oficio. Trabaja contra ella tanto como puede. Levantó prelados que no eran predicadores y los incitó por montones para perseguir este oficio con el título de herejía". (I. 203, 155, 306, 349, 302.)

¿A mis lectores les gustaría escuchar lo que pensaba sobre un ceremonial magnífico y las velas en las iglesias? Dice claramente que estas cosas vienen del diablo. "Donde mora el diablo y tiene su arado en marcha, ahí tiene afuera el libro y arriba exaltando las velas; lejos con la Biblia y arriba con los rosarios; lejos con la luz del Evangelio y arriba con la luz de las velas, sí, incluso al mediodía. Sí, donde reside el diablo, para que prevalezca, encontrarás toda superstición e idolatría, censura, pintura de imágenes, velas, palmas, cenizas, agua bendita y nuevos servicios de invención del hombre". (I. 71.)

¿A mis lectores les gustaría saber qué pensaba de los reformadores extranjeros? ¿Los tuvo en poca estima, como algunos lo hacen hoy en día, porque no retuvieron el episcopado? ¡No! de hecho, no lo hizo. Él dice: "Escuché decir, Melancthon, ese gran secretario, debería venir aquí. Quisiera que él, y quien es, tuviera 200 libras al año. El rey nunca lo querría. Todavía hay entre nosotros dos grandes sabios, Peter Martyr y Bernard Ochín, que tienen cien marcos por pieza. Ojalá el rey otorgara mil libras a ese hombre. (I. 141.)

¿A mis lectores les gustaría saber qué pensaba sobre la unidad? ¿Pensó, como algunos lo hacen ahora, que es la única cosa necesaria, y que debemos renunciar a todo para lograrlo? ¡De hecho no! Él dice: "La unidad debe ser de acuerdo con la santa Palabra de Dios, o de lo contrario sería mejor la guerra que la paz. Nunca debemos considerar la unidad tanto como para abandonar la Palabra de Dios por ella ". (I. 487.)

¿A mis lectores les gustaría saber lo que pensaba sobre los concilios y las convocatorias? ¿Los consideró como la gran panacea para todos los males eclesiásticos, como los que nos rodean, cuyo grito es: "Danos la acción sinodal o moriremos"? Le dice a Ridley: "Tocante a los concilios y las convocatorias, le remito a su propia experiencia para pensar en los parlamentos y las convocatorias de nuestro propio país. La mayor parte de mi tiempo presentó los Seis Artículos. Posteriormente, la mayor parte derogó lo mismo. Los mismos artículos ahora se restauran de nuevo. ¡Oh, qué incertidumbre es esta!" Y dice, en otro lugar: "Más crédito se le debe dar a un hombre que tiene la santa Palabra de Dios para él, que a diez mil sin la Palabra. Si está de acuerdo con la Palabra de Dios, debe recibirse. Si no está de acuerdo, no debe ser recibido, aunque un concilio lo haya determinado". (Ridley, 130; Latim. I. 288.)

¿Les gustaría a mis lectores saber qué pensaba de la predicación protestante en su totalidad? ¿Pensó, como algunos lo hacen ahora, que si un sermón contiene mucha verdad, se le puede excusar y permitir un poco de falsa doctrina? ¡No! de hecho, no lo hizo. Él dice: "Muchos predicán la Palabra de Dios y predicarán un sermón muy bueno y piadoso, pero al final tendrán una almendra blanqueada, una pequeña pieza de papismo remendada para espolvorear sobre su tema, para su propio lucro y gloria. Hacen una mezcla del camino de Dios y el camino del hombre, una mescolanza, como la que los hombres sirven a los cerdos en mi país ". (I. 290.)

No multiplicaré estos extractos, aunque sería fácil hacerlo. Aquellos que nunca han estudiado las obras de Latimer, publicadas por la Parker Society, tienen poca idea de la pérdida que han sufrido. Son ricos a rebosar de verdades protestantes concisas y puntiagudas. Solo pediré a mis lectores que recuerden bien las palabras de quién he estado citando y cuándo fueron dichas.

Estas palabras no se pronunciaron el año pasado. No cayeron de los labios de los clérigos evangélicos modernos o de la Iglesia Baja. No fueron pronunciados por los ministros de Park Chapel, Chelsea; o de la Capilla de Portman; o la cerradura; o Capilla Belgrave; o por algún orador de plataforma en Exeter Hall. No: las palabras que he citado tienen trescientos años. Son las palabras de uno de los mejores obispos que jamás haya tenido la Iglesia de Inglaterra. Son las palabras del hombre que ayudó a redactar nuestro primer libro de Homilías. Son las palabras del amigo y consejero del arzobispo Cranmer. Son las palabras de alguien a quien el rey y el parlamento se complacieron en honrar.

¿Por qué el orador de estas palabras no fue expulsado de la Iglesia de Inglaterra? ¿Por qué no fue reprendido? ¿Por qué no fue vilipendiado como un hombre de opiniones bajas y poco eclesiásticas? ¿Por qué no fue procesado y perseguido por sus opiniones? ¿Cómo es que fue perseguido solo por los papistas, pero siempre honrado por protestantes? perseguido por Bonner, Gardiner y Maria la Sanguinaria; pero honrado por Cranmer, Ridley y Eduardo VI?

Daré una respuesta sencilla a estas preguntas. Les respondo diciendo que, hace trescientos años, ningún hombre en sus sentidos dudaba que las opiniones de Latimer eran las opiniones reales de la Iglesia de Inglaterra. Continué afirmando que los mejores y miembros más verdaderos de la Iglesia de Inglaterra, en la actualidad, son aquellos cuyos puntos de vista están más en armonía con los del buen obispo Latimer. Y digo, que decirles a los hombres que aman a la Iglesia de Inglaterra con profundo afecto, que no son eclesiásticos sólidos, simplemente porque están de acuerdo con Latimer, y no con Laud, es presentar contra ellos una acusación sumamente injusta e injustificable.

Y ahora permítanme concluir esta biografía de Latimer con dos comentarios prácticos.

Por un lado, permítanme exhortar sinceramente a mis lectores, como individuos, a que nunca se avergüencen de tener lo que se llaman puntos de vista evangélicos dentro de la Iglesia de Inglaterra. No escuchen a esos señores arrogantes, por un lado, que quieren hacerles creer que si no son "altos eclesiásticos", como ellos, no son eclesiásticos en absoluto. No escuches a esos amigos sumamente amables, del otro lado, que tratan de persuadirte de que la Iglesia establecida tiene una preocupación antipapista habitual y esta debe dejarse de inmediato. Ambos son trucos antiguos. En contra de estos dos trucos, usted debe permanecer en guardia.

No se deje intimidar por las afirmaciones de los "altos eclesiásticos" de Iglesia de Inglaterra de que usted es solo una parte tolerada y no tiene nada que hacer a su lado. Sin duda, vives en una comunión donde se permite una gran libertad de opinión. Pero decirle a los hombres de puntos de vista evangélicos que simplemente son tolerados, es un franco insulto a la memoria de los reformadores. Respondamos

a las personas que nos lo dicen, que si se han olvidado del Latimer de hace trescientos años, inosotros no! Digamos que no vamos a abandonar la Iglesia de Latimer para complacer a los hombres que desean dominar la herencia de Dios y hacer las cosas a su manera. Estoy seguro de que, si el poder prevaleciera sobre el derecho, y los amigos de Latimer fueran expulsados de la Iglesia por la fuerza, y la Cámara de los Comunes estuviera lo suficientemente loca como para aprobarlo, estoy seguro de que los hombres expulsados serían los mejores eclesiásticos frente aquellos hombres que quedaron atrás.

Y no se deje engañar por los argumentos de los hombres que están fuera de la Iglesia, aquellos que dicen que probablemente se alegrarían de estar en ella si solo vieran el camino. Cuando el zorro, de la vieja fábula, no pudo alcanzar las uvas, dijo que estaban agrias. Cuando el zorro, en otra fábula, perdió la cola en una trampa, trató de persuadir a sus amigos de que a los zorros les iba mucho mejor sin cola y les aconsejó que se deshicieran de la suya propia. No olvides la moraleja de esa fábula; no se deje tentar a arrancarse la cola. Tenga la seguridad de que, con todas sus fallas y defectos, la Iglesia de Inglaterra tiene privilegios muy elevados que ofrecer a sus miembros. Piense bien en estos privilegios. No siempre esté estudiando detenidamente los defectos. Decide y determínate a que no desecharás estos privilegios a la ligera.

Sobre todo, nunca, nunca olvides que los puntos de vista evangélicos no solo son teóricamente sólidos y agradables a la mente de los reformadores, sino que también son de vital importancia para la existencia misma de la Iglesia de Inglaterra. Nunca nuestra amada Iglesia ha estado tan baja en este país como cuando los puntos de vista evangélicos han estado en cero y casi olvidados. Nunca ha estado tan en alto como cuando las opiniones de Latimer y los reformadores se han predicado y llevado a cabo con honestidad. Lejos de avergonzarse de las opiniones evangélicas, puede estar satisfecho de que mantenerlas se está convirtiendo rápidamente en una cuestión de vida o muerte para su propia comunión. Si quitamos las opiniones de Latimer, creo firmemente que todo el establecimiento colapsaría ante la presión externa y se derrumbaría.

Por otra parte, permítanme suplicar a todos los lectores ingleses de esta biografía que tengan cuidado de no tolerar cualquier movimiento retrógrado en este país hacia la Iglesia de Roma, y que se resistan a tal movimiento por todos los medios posibles, de cualquier parte que venga.

Estoy seguro de que esta advertencia es una que los tiempos exigen en voz alta. La Iglesia de Roma se ha levantado entre nosotros con renovada fuerza en los últimos años. No disimula su esperanza de que Inglaterra, el planeta perdido, reanude pronto su órbita en el llamado sistema católico y gire una vez más en ciega obediencia alrededor del centro del Vaticano. Ella ha logrado cegar los ojos de personas ignorantes sobre su verdadero carácter. Ella ha logrado obtener la ayuda

inesperada de hombres descarriados dentro de nuestro propio Establecimiento. Un centenar de pequeños síntomas que nos rodean nos dicen cuán real es el peligro. Laud y los no juramentados alzan la voz, mientras Latimer y los reformadores son acallados. Las obras históricas circulan laboriosamente, en las que se alaba a la maldita María y se culpa a la protestante Isabel. Una ternura mórbida hacia los romanistas y una amargura virulenta hacia los disidentes han surgido una al lado de la otra. Se presta una atención malsana a lo que se llama gusto medieval. Miles de tratados se siembran en la tierra en la que los tres temas principales que se pueden ver son generalmente esas tres palabras ominosas, "sacerdote", "católico" e "iglesia". Se recomienda deliberadamente a los miembros de la Iglesia inglesa el uso del rosario, la confesión auricular, las oraciones por los muertos y el "Ave María". Poco a poco, me temo, el borde del sentimiento inglés sobre el papismo se está despuntando y se está embotando. Seguramente tengo una buena razón para decirles a mis lectores que tengan cuidado con la Iglesia de Roma.

Recuerde la oscuridad en la que Roma mantuvo a Inglaterra la última vez que tuvo el poder supremo. Recuerde la ignorancia y las supersticiones degradantes que prevalecieron en la juventud del obispo Latimer. No pienses ni por un momento que son cosas antiguas y que Roma ha cambiado. La sagrada túnica de Tréves, el parpadeo de la imagen en Rimini, la servidumbre mental en la que se guardan los Estados Pontificios, las notorias prácticas que continúan en la Ciudad Santa hasta el día de hoy, son todos testigos de que Roma, cuando tiene el poder, no ha cambiado en absoluto. Recuerde esto y tenga cuidado.

Recuerde las horribles persecuciones que Roma llevó a cabo contra la religión verdadera, la última vez que tuvo un dominio incontrolado en este país. Recuerde las atrocidades que deshonraron los días de María la sanguinaria y el martirio en la hoguera del obispo Latimer. No pienses ni por un momento que Roma está alterada. La persecución de los lectores de la Biblia en Madira y el encarcelamiento de los Madii son pruebas inconfundibles de que, después de trescientos años, el viejo espíritu perseguidor de Roma sigue siendo tan fuerte como siempre. Recuerde esto también y tenga cuidado.

¿Regresaremos, ante hechos como estos, a la servidumbre en la que fueron retenidos nuestros antepasados? ¿Renunciaremos a nuestras Biblias o nos contentaremos con solicitar una licencia sacerdotal para leerlas? ¿Debemos someternos humildemente a los sacerdotes italianos? ¿Volveremos a los confesionarios y al sacrificio idólatra de la misa? ¡Dios no lo quiera! y lo enfatizo - ¡Dios no lo quiera! Deje que el perro vuelva a su vómito. Que la cerda que fue lavada vuelva a revolcarse en el fango. Que el prisionero idiota vuelva a sus cadenas. ¡Pero Dios no permita que Israel regrese a Egipto! ¡Dios no permita que Inglaterra vuelva a los brazos de Roma! ¡Dios no permita que se apague nunca la vela que un día encendió el viejo Latimer!

Trabajemos, cada uno de nosotros, si queremos evitar una consumación tan miserable. Trabajemos duro por la extensión de la religión pura, bíblica y evangélica en el país y en el extranjero. Trabajemos para difundirlo entre los judíos, entre los católicos romanos, entre los paganos. Trabajemos sobre todo para preservarlo y mantenerlo por todos los medios constitucionales en nuestra propia Iglesia.

Apreciemos, cada uno de nosotros, si queremos evitar el aumento del romanismo, un sentimiento fraternal hacia todos los protestantes ortodoxos, por cualquier nombre que se les llame. Lejos de la vieja y tonta opinión de que la Iglesia de Inglaterra ocupa una posición intermedia, una vía media, entre la disidencia y Roma. Tíralo, porque es falso. Bien podríamos hablar de que la Isla de Wight está a medio camino entre Inglaterra y Francia. Entre nosotros y Roma hay un abismo, y también un abismo amplio y profundo. Entre nosotros y el disenso protestante ortodoxo, no hay más que una delgada pared divisoria. Entre nosotros y Roma, las diferencias tienen que ver con doctrinas esenciales y cosas absolutamente necesarias para la salvación. Entre nosotros y el disenso, la división se trata de cosas indiferentes, cosas en las que un hombre puede equivocarse y, sin embargo, ser salvo. Roma es un enemigo francamente abierto que ataca el fundamento mismo de nuestra religión. La disensión debe ser un poder aliado y amigo, aunque no esté vistiendo nuestro uniforme, ni todavía, como creemos, estén tan bien equipados como lo estamos, - pero sigue siendo un aliado, y luchando en el mismo bando. ¡No deje que esta pista se pierda! Mantengamos un sentimiento bondadoso y fraterno hacia todos los que aman al mismo Salvador, creen las mismas doctrinas y honran la misma Biblia que nosotros.

Finalmente, oremos, cada uno de nosotros, si queremos evitar el aumento del romanismo, - oremos día y noche para que Dios pueda preservar a este país del papado y no tratar con él según sus pecados. Es un hecho sorprendente, que casi la última oración del buen rey Eduardo VI, en su lecho de muerte, fue una oración en este sentido: "Oh mi Señor Dios, defiende este reino del papado y mantén tu verdadera religión". Había una oración en las Letanías de nuestro Libro de oraciones, en 1549, que creo que nunca debió haber sido descartada. "De toda sedición y conspiración encubierta, DE LA TIRANÍA DEL OBISPO DE ROMA Y DE TODAS SUS DETESTABLES MOUNSTROSIDADES, de toda falsa doctrina y herejía, de dureza de corazón y desprecio de tu Palabra y de tus mandamientos, buen Señor ¡Guárdanos!" Espero que a esa oración, alguna vez podamos decir de todo corazón: ¡Amén y amén!